FE Y SUPERSTICIÓN

PRÓLOGO

Sacrilegio y superstición

No es fácil perder la fe. Si apreciamos y cultivamos el don de la fe que Dios nos ha dado, no caeremos en la apostasía o la herejía. Apreciarlo y cultivarlo significa, entre otras cosas, hacer frecuentes actos de fe, que es el agradecido reconocimiento a Dios porque creemos en El y en todo lo que El ha revelado. Deberíamos incluir un acto de fe en nuestras oraciones diarias.

Apreciar y cultivar nuestra fe significa además no cesar nunca en formarnos doctrinalmente, de modo que tengamos una mejor comprensión de lo que

creemos, y, consecuentemente, prestar atención a pláticas e instrucciones, leer libros y revistas de sana doctrina para incrementar el conocimiento de nuestra fe. Cuando la oportunidad se presente, deberíamos formar parte de algún círculo de estudios sobre temas religiosos.

Estimar y cultivar nuestra fe significa, sobre todo, *vivirla,* es decir, que nuestra vida esté de acuerdo con los principios que profesamos. Un acto de fe se hace mero ruido de palabras sin sentido en la boca del que proclama con su conducta diaria: «No hay Dios; o, si lo hay, me tiene sin cuidado».

Y consecuentemente, en su aspecto negativo, apreciar y cultivar nuestra fe exige que evitemos las compañías que constituyan un peligro para ella. No es el anticatólico declarado a quien hay que temer, por agrios que sean sus ataques a la fe. El peligro mayor proviene más bien del descreído culto y refinado, de su condescendencia amable hacia nuestras «ingenuas» creencias, de sus ironías sonrientes. Nos da tanto reparo que la

gente nos tome por anticuados, que sus alusiones pueden acobardarnos.

El aprecio que tenemos a nuestra fe nos llevará también a alejarnos de la literatura que pueda amenazarla. Por mucho que alaben una obra los críticos, por muy culta que una revista nos parezca, si se oponen a la fe católica, no son para nosotros. Para una conciencia bien formada no es imprescindible un Índice de Libros Prohibidos como guía de sus lecturas. Nuestra conciencia nos advertirá y mantendrá alejados de muchas publicaciones aunque los censores oficiales de la Iglesia jamás hayan puesto en ellas los ojos.

Algunos que se creen intelectuales pueden resentir estas restricciones que los católicos ponemos en las lecturas. «¿Por qué tenéis miedo?», dicen. «¿Teméis acaso que os hagan ver que estabais equivocados? No tengáis una mente tan estrecha. Hay que ver siempre los dos lados de una cuestión. Si vuestra fe es firme, podéis leerlo todo sin miedo a que os perjudique».

A estas objeciones hay que responder, con toda sinceridad, que sí, que tenemos miedo. No es un miedo a que nos demuestren que nuestra fe es errónea, es miedo a nuestra debilidad. El pecado original ha oscurecido nuestra razón y debilitado nuestra voluntad. Vivir nuestra fe implica sacrificio, a veces heroico. A menudo lo que Dios quiere es algo que, humanamente, nosotros no queremos, que nos cuesta. El diablillo del amor propio susurra que la vida sería más agradable si no tuviéramos fe. Sí, con toda sinceridad, *tenemos miedo* de tropezar con algún escritor de ingenio que hinche nuestro yo hasta el punto en que, como Adán, decidamos ser nuestros dioses. Y sabemos que, tanto si la censura viene de la Iglesia como de nuestra conciencia, no niega la libertad. Rechazar el veneno de la mente no es una limitación, exactamente igual que no lo es rechazar el veneno del estómago. Para probar que nuestro aparato digestivo es bueno no hace falta beberse un vaso de ácido sulfúrico.

Si nuestra fe es profunda, viva y cultivada, no hay peligro de que

caigamos en otro pecado contra el primer mandamiento que emana de la falta de fe: el pecado de sacrilegio. Es sacrilegio maltratar a personas, lugares o cosas sagradas. En su forma más leve proviene de una falta de reverencia hacia lo que es de Dios. En su máxima gravedad, viene del odio a Dios y a todo lo suyo. Nuestro tiempo ha visto desoladores ejemplos de los peores sacrilegios en la conducta de los comunistas: ganado estabulado en iglesias, religiosos y sacerdotes encarcelados y torturados, la Sagrada Eucaristía pisoteada. Estos ejemplos, de paso diremos, son los tres tipos de sacrilegio que los teólogos distinguen. El mal trato a una *persona* consagrada a Dios por pertenecer al estado clerical o religioso se llama sacrilegio *personal* Profanar o envilecer un lugar dedicado al culto divino por la Iglesia es un sacrilegio *local* (del latín «locus», que significa «lugar»»). El mal uso de cosas consagradas, como los sacramentos, la Biblia, los vasos y ornamentos sagrados, en fin, de todo lo consagrado o bendecido para el culto divino o la

devoción religiosa, es un sacrilegio *real* (del latín «realis», que significa «perteneciente a las cosas»).

Si el acto sacrílego fuera plenamente deliberado y en materia grave, como recibir un sacramento indignamente, es pecado mortal. Hacer, por ejemplo, una mala confesión o recibir la Eucaristía en pecado mortal es un sacrilegio de naturaleza grave. Este sacrilegio, sin embargo, es sólo venial si carece de consentimiento o deliberación plenos. Un sacrilegio puede ser también pecado venial por la irreverencia que implica, como sería el caso del laico que, llevado de la curiosidad, coge un cáliz consagrado.

Sin embargo, si nuestra fe es sana, el pecado de sacrilegio no nos causará problemas. Para la mayoría de nosotros lo que más nos afecta es mostrar la reverencia debida a los objetos religiosos que usemos corrientemente: guardar el agua bendita en un recipiente limpio y lugar apropiado; manejar los evangelios con reverencia y tenerlos en sitio de honor en la casa; quemar los

escapularios y rosarios rotos, en vez de arrojarlos al cubo de la basura; pasar por alto las debilidades y defectos de los sacerdotes y religiosos que nos desagraden, y hablar de ellos con respeto por ver en ellos su pertenencia a Dios; conducirnos con respeto en la iglesia, especialmente en bodas y bautizos, cuando el aspecto social puede llevarnos a descuidarlo. Esta reverencia es el ropaje exterior de la fe.

¿Llevas un amuleto en el bolsillo? ¿Tratas de tocar madera cuando ocurre algo que «da» mala suerte? ¿Te encuentras incómodo cuando sois trece a la mesa? Si te cruzas con un gato negro en tu camino, ¿andas después con más precauciones que de ordinario? Si puedes responder «no» a estas preguntas y tampoco haces caso a parecidas supersticiones populares, entonces puedes tener la seguridad de ser una persona bien equilibrada, con la fe y la razón en firme control de tus emociones.

La superstición es un pecado contra el primer mandamiento porque atribuye a personas o cosas creadas unos poderes

que sólo pertenecen a Dios. El honor que debía dirigirse a El se desvía a una de sus criaturas. Por ejemplo, todo lo bueno nos viene de Dios; no de una pata de conejo o una herradura. Y nada malo sucede si Dios no lo permite, y siempre que de algún modo contribuya a nuestro último fin; ni derramar sal, ni romper un espejo, ni un número trece atraerá la mala suerte sobre nuestra cabeza. Dios no duerme ni deja el campo libre al demonio.

De igual modo, solamente Dios conoce de modo absoluto el futuro contingente, sin peros ni acasos.

Todos somos capaces de predecir acontecimientos por los datos que conocemos. Sabemos a qué hora nos levantaremos mañana (siempre que no olvidemos poner el despertador); sabemos qué haremos el domingo (si no ocurre nada imprevisto); los astrónomos pueden precedir la hora exacta en que saldrá y se pondrá el sol el 15 de febrero de 1987 (si el mundo no acaba antes). Pero sólo Dios puede conocer el futuro con certeza absoluta, tanto en los

eventos que dependen de sus decretos eternos como los que proceden de la libre voluntad de los hombres.

Por esta razón, creer en adivinos o espiritistas es un pecado contra el primer mandamiento porque es un deshonor a Dios. Los adivinos saben combinar la psicología con la ley de probabilidades y quizá con algo de «cuento», y son capaces de confundir a personas incluso inteligentes. Los mediums espiritistas combinan su anormalidad (histeria autoinducida) con la humana sugestibilidad y, a menudo, con engaño declarado, y pueden preparar escenas capaces de impresionar a muchos que se las dan de ilustrados. La cuestión de si algunos adivinos o mediums están o no en contacto con el diablo no ha sido resuelta satisfactoriamente. El gran ilusionista Houdini se jactaba de que no existe sesión de espiritismo que no fuera capaz de reproducir por medios naturales - trucos -, y así lo probó en muchas ocasiones.

Por su naturaleza, la superstición es pecado mortal. Sin embargo, en la

práctica, muchos de estos pecados son veniales por carecer de plena deliberación, especialmente en los casos de arraigadas supersticiones populares que tanto abundan en nuestra sociedad materialista: días nefastos y números afortunados, tocar madera y muchos así. Pero, en materia declaradamente grave, es pecado mortal creer en poderes sobrenaturales, adivinos y espiritistas. Incluso sin creer en ellos es pecado consultarles profesionalmente. Aun cuando nos mueva sólo la curiosidad es pecado, porque damos mal ejemplo y cooperamos en su pecado. Decir la buenaventura echando las cartas o leer la palma de la mano en una fiesta, cuando todo el mundo sabe que es juego para divertirse que nadie toma en serio, no es pecado. La consulta a adivinos profesionales es otra cosa bien distinta.

A veces nuestros amigos no católicos sospechan que pecamos contra el primer mandamiento por el culto que rendimos a los santos. Esta acusación sería fundada si les diéramos el culto de latría que se debe a Dios, y a Dios sólo. Pero no es así, no estamos tan locos. Incluso

el culto que rendimos a María, la Santísima Madre de Dios, un culto que sobrepasa al de los ángeles y santos canonizados, es de naturaleza muy distinta al culto de adoración que damos -y sólo se puede dar a Dios.

Cuando rezamos a nuestra Madre y a los santos del cielo (como tenemos que hacer) y pedimos su ayuda, sabemos que lo que hagan por nosotros no lo hacen por su propio poder, como si fueran divinos. Lo que hagan por nosotros es Dios quien lo hace por su intercesión. Si valuamos las oraciones de nuestros amigos de la tierra por la seguridad de que nos ayudan, está claro que resulta muy lógico pensar que las oraciones de nuestros amigos del cielo serán más eficaces. Los santos son los amigos selectos de Dios, sus héroes en la lid espiritual. Agrada a Dios que fomentemos su imitación y le gusta mostrar su amor dispensando sus gracias por medio de ellos. Tampoco el honor que mostramos a los santos detrae el honor debido a Dios. Los santos son las obras maestras de la gracia. Cuando los honramos, es a Dios -quien

les dio esa perfección- a quien honramos. El mayor honor que puede darse a un artista es alabar la obra de sus manos.

Es verdad que honramos las estatuas y pinturas de los santos y veneramos sus reliquias. Pero no *adoramos* estas representaciones y reliquias, como el profesional maduro que cada mañana coloca flores frescas ante la fotografía de su buena madre no adora ese retrato. Si rezamos ante un crucifijo o la imagen de un santo, es para que nos ayuden a fijar la mente en lo que estamos haciendo. No somos tan estúpidos (así lo espero) como para suponer que una imagen de madera o escayola tenga en sí poder alguno para ayudarnos. Creer eso sería un pecado contra el primer mandamiento que prohíbe fabricar imágenes para adorarlas, cosa que, evidentemente, no hacemos.

Con afecto, Felipe Santos, SDB
Málaga 9-febrero-2008

Introducción

Fuerzas del bien y del mal
Los ídolos
Conocer su destino
Apelar a los espíritus
Sortilegios y mal de ojo
Práctica religiosa y superstición

Introducción

El hombre vive en un mundo que le supera, no domina todo, sobre todo su destino. En su fragilidad, el hombre siente miedos, máximo el del porvenir. Por otra parte, existe también el hombre, a través de este seguro de seguridad, la necesidad misma de dominar a los otros y los acontecimientos. Es esta necesidad de dominar este « futuro desconocido » que nos

empuja generalmente a prácticas supersticiosas .

A lo largo de la Biblia , vemos eso. En el Antiguo Testamento por ejemplo, Saúl va a contactar la magia de Endor para conocer su futuro **(1 Sam 28,3.25)**

.

En el Nuevo Testamento también, vemos a los apóstoles confrontados con los magos tales como Simón :**Hechos de los Apóstoles 8,9-25.**

La Biblia nos muestra no solamente que Dios es más poderoso que toda la magia como en el pasaje de Moisés y de los magos egipcios **(Éxodo 7, 10-12)**

En Levítico vemos incluso que esta práctica es castigada a muerte **(Lev 20.27)**

El hombre o la mujer que entre vosotros sea adivino: serán castigados a muerte, se les lapidará, su sangre caerá sobre ellos.

Si es cierto que hoy no practicamos ya la práctica de la magia, adivinación etc., exactamente como en tiempos del Antiguo Testamento, no es menos cierto que la practicamos todavía muy a menudo:

- Buscar su futuro en los horóscopos

- Por las cartas (tarots , runas …)
- Leer las líneas de la mano
- ir a ver mediun, videntes
- hacer numerología
- apelar a los espíritus
- …….etc.

Todo eso estás proscrito por la fe en Jesús, Hijo único de Dios, Dios mismo y el solo dueño de la vida. Cada vez que hacemos recurso a tal práctica, decimos no solamente a Dios que no tenemos confianza en él sino que nuestra vida nos pertenece y que no tiene derecho sobre ella. Por eso mismo, queramos o no, abrimos la puerta de nuestra alma a la empresa del maligno. Nos ponemos más o menos a largo plazo bajo su dependencia.

Fuerzas del bien y del mal

Existen en el mundo la fuerza del bien y las fuerzas del mal, las dos muy superiores a las simples fuerzas humanas. Entre estas dos fuerzas, el hombre no puede vivir de manera neutra, seguirá las unas o las otras. A menudo, no tenemos conciencia de este juego cuando nos dejamos atraer por los “silencios ocultos”.

Tomamos eso al inicio como una curiosidad, como un juego inofensivo …. Pero más bien no sabemos ya pasar de ellos.
Creemos gestionar nuestro porvenir porque por así decirlo lo conocemos. De hecho la realidad es que abdicamos de nuestra libertad en provecho de lo que descubrimos y nos ponemos bajo la dependencia de una fuerza que no solamente nos supera, sino que corre el riesgo de aplastarnos al cabo de un cierto tiempo y camino.
Hace falta aquí plantear la cuestión del bien y del mal y por tanto fuerzas que representan el bien y el mal.
Cuando miramos el mundo de nuestro derredor, vemos cosas buenas como actos de caridad, amor, compasión etc .Y vemos también el mal como la guerra, el odio... ;etc. Nos damos cuenta de que estos actos es el hombre quien los plantea; tiene pues la posibilidad de hacer el bien y el mal. Es muy evidente que Jesús en el Padrenuestro nos manda rezar así: « líbranos del mal» es decir líbranos de del mal que podríamos hacer. Y eso nos lleva a plantearnos una cuestión de importancia. Puesto que Dios es bueno y el hombre está hecho a su semejanza, ¿por qué entonces hacemos el mal? ¿De dónde viene este poder del mal? Y puesto que este mal

aparentemente existe,¿será un día destruido ¿Y cómo?

Cuestión fundamental, cuya respuesta debe tener consecuencias concretas en nuestra vida de todos los días .
Todo hombre se encuentra un día confrontado con esta cuestión, y debe aportar una respuesta. Para el cristiano el mal se sitúa en la narración del pecado original en **Génesis 3,1-24**; donde el hombre toca a lo que Dios le prohíbe.
Esta narración imaginado no es un artículo periodístico que revela hechos auténticos, es un texto de fe; escrito por los escribas y los doctores de la ley bajo la deportación de Nabucodonosor , para refijar la fe del pueblo hebreo muy tentado por todos los ídolos que veía en Babilonia. Pero esta narración no es menos importante pues afirma que el hombre creado a semejanza de Dios, se rebeló contra él desobedeciéndole: había sido creado libre y responsable, pero perdió su inmortalidad por haber roto su relación con Dios y su confianza, no podía seguir junto a él y verlo cara a cara. Dios podría haberlo condenado por la eternidad, pero amaba a su criatura. Y encuentra así la solución terrena, es decir permitir al hombre buscarlo de todo corazón,

con todas sus fuerzas, con toda su alma, a través incluso del camino que tomó. Quiso jugar a “dueño de la vida”, y va a tener que vivir con eso …Al menos un cierto tiempo.

La tierra será dura de cultivar; el hombre deberá asumir según sus propias posibilidades las fuerzas de la naturaleza; la misma maternidad se hará con dolor y la mancha del pecado se extenderá a todas las generaciones.

Es importante aquí comprender, que nuestra tierra yy nuestra vida en la tierra no son una finalidad en sí, sino un paso para encontrar el Corazón de Dios y la posibilidad de poder de nuevo mirarlo cara a cara y vivir de nuevo la felicidad eterna con él.

Nuestra situación en el mundo no hay que tomarlo como un castigo, Dios no es un Padre sádico. Hay que tomarlo como una segunda oportunidad, como un clase de volver a atrapar, si puedo expresarme así. Sin embargo es verdad, reconozcámoslo, que el camino de vuelta es arduo y que al no tener siempre a vista el objetivo de encontrar el Corazón de Dios, nos sienta mal aceptar todas las pruebas y situaciones de a vida humanas .

Pero cuáles la condición del hombre hoy: es un ser responsable, es decir completamente capaz de elegir entre el bien y el mal. Como debe reemprender a elegir a Dios, éste va a respetar

su libertad y marcar su vida y su Amor, mientras que el hombre quiera dejase moldear. Ser cristiano es creer en Jesucristo, reconocido como Hijo único de Dios y Dios mismo.

Es tener confianza en su palabra y obedecer con libertad y confianza lo que nos enseña. Y esta enseñanza se encuentra en la Biblia. Ahora bien, la Biblia nos enseña que el mal existe, que sus poderes espirituales o malos espíritus, o ángeles malos son reales, pero no son Dios. Son sólo criaturas y criaturas caídas, incluso cuando intentan persuadirnos de lo contrario. Dios es único. Dios es el único dueño de toda la creación visible e invisible.
Jesús nos ha mostrado todo su poder a este respecto en su vida terrenal: curaba todas las enfermedades y expulsaba a los demonios. Satanás intentó tentarle, pero en vano. Más todavía: por su muerte y resurrección Cristo nos abre las puertas de la vida eterna y nos libra así de toda empresa del mal por la eternidad. Una sola condición: creer en él, vivir según su palabra, con él reconociéndolo como nuestro Salvador y Señor.
La tierra no es nuestra finalidad, es la vida eterna con Dios. La tierra es sólo un lugar en el que aprendemos a descubrir el amor de Dios y que venga a nuestro corazón. Esto supone un

combate espiritual contra el mal volviéndonos a Dios.
Ahora bien, una de las primeras astucias del maligno es hacer creer que no existe.

Y si existe nos hace creer que es inofensivo y que practicar algunas cosas no es peligroso. Nos damos cuenta de nuestro error cuando es demasiado tarde.
El mal no puede nada si nos volvemos a Dios, si reconocemos nuestro error y le pedimos perdón. Dios es amor y quiere que vivamos.

Los ídolos

¿Qué nos pide Jesús? Amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; creer que ha muerto y resucitado para que tengamos la vida eterna y seguir sus enseñanzas .
Ahora bien, si nos tomamos tiempo para leer la Biblia, nos damos cuenta en seguida de que Dios condena toda práctica de magia, supersticiosa y cultos de ídolos .
Ciertamente los ídolos de madera, bronce de plata o de oro del A. Testamento no existen ya para el cristiano de hoy, pero creer que no hay otros ídolos es falso. Nos los creamos hoy día también; tienen por nombre: poder, dinero,

sexo, superioridad, dominación, apariencia mundana .. etc. Y en el nombre de todo eso el evangelio es ultrajado.
Querer conocer nuestro futuro es también un ídolo.

Cada vez que nos apartamos así de Dios para vivir una práctica supersticiosa, mágico, nos dirigimos a nuestro ídolo, el que nos hemos creado. Seguir a los ídolos es cortar con la comunión de Cristo que nos dice que amemos sólo a Dios. ¿Cómo es posible comulgar realmente en el Cuerpo de Cristo si nos entregamos a prácticas que indican nuestra falta de confianza y obediencia a su palabras? ¿Cómo nos vamos a unir a Jesucristo si al mismo tiempo acudimos a los espíritus para que respondan a nuestras cuestiones y nos guíen con nuestras decisiones? No podemos seguir a la vez a dos maestros : Dios y nuestros ídolos. Hay que elegir.
San Pablo dice que seguir a los ídolos es sacrificar a los demonios. Quien no está con Dios está contra él. Aprendamos a mirar nuestra vida a la luz de la palabra de Dios para ver si vivimos según él quiere. Ningún mal puede prevalecer contra él: su poder y su amor.

Conocer su destino

Mucha gente se interesa por los horóscopos y otros temas astrales. Esperamos que el cielo nos desvele lo que debe suceder, lo que debe sucedernos.

Esta palabra cielo designa en nuestro lenguaje tanto el cielo físico como los astrónomos y los astronautas nos lo muestran, que el cielo invisible es la mora de Dios. Limitación de lenguaje.

En todo tiempo el cielo ha sido el símbolo de lo que el hombre podía alcanzar, no podía dominar, era una gran fuente de misterio. De ahí a hacer una amalgama entre lo físico y lo espiritual, sólo hay un paso, pronto franqueado y en seguida en la historia de la humanidad, hemos visto aparecer astrólogos y adivinos diversos. Todavía hoy nuestra sociedad abundan astrólogos que estén realmente convencidos de su ciencia, o por espíritu de provecho y de dominación, nos piden mucho dinero para anunciarnos nuestro porvenir. Esta gente nos dice que los astros determinan nuestra vida, nuestro futuro, que aunque hagamos lo que hagamos todo está escrito en los astros y sucederá...y les pagamos por saber eso. ¿Para qué sirve nuestra razón, inteligencia, si nos dejamos manipular por tales

personas? ¿Por qué pagar por informaciones que al fin de cuentas no nos servirán de nada? …. Si no es para que no tengamos el valor de tomar nuestras propias decisiones y orientación de la vida.

En todos los tiempos los hombres han sido sensibles a la presencia de las estrellas y de lo astros: sol, luna, estrellas, planetas. En el A. Testamento vemos que han servido al hombre para medir el tiempo y establecer los calendarios. Vemos también que los hombres creían que los astros sobre todo por sus ciclos regulares imponían algunos ritmos en las cosas de la tierra y en los hombres. Estos cuerpos luminosos les parecían ligados a los poderes sobrenaturales que para ellos dominaban la humanidad y definían los destinos. Creer que el hombre depende de los astros u otros, que está predestinado desde su nacimiento hasta su muerte, viene a decir que ningún poder en la vida, haga lo que haga no escapará de lo que debe sucederle. Esto no es compatible con la fe en Dios que nos ha creado libres y responsables de cada uno de nuestros actos. Algunos dirá: « sí pero Dios llama también a la gente, los predestina a tal o cual vocación» Sí, Dios llama; pero respeta nuestra libertad y cada día escribe con cada uno de nosotros nuestra vida en función de los síes y noes que le

decimos. No somos marionetas, sino hijos amados que viven con Dios nuestro Padre, toda a diferencia está ahí. No es posible decir a la vez « Señor, creo en tu amor, quiero vivir libremente contigo » y al mismo tiempo decir: « es preciso que vea lo que dice mi horóscopo para tomar tal o cual decisión » Sentimos que hay una oposición fundamental entre la fe en Cristo Señor de toda vida y la predestinación astrológica.

Que los astros influyan en el cosmos como la luna en las mareas. Eso mantiene la astronomía, ciencia material concreta que la astrología que no es especulación del espíritu. La Biblia ha puesto siempre en guardia contra eso. Jesús nos dice que no cuestionemos los astros para conocer nuestro futuro o saber qué hacer, sino rezar al Padre, no solamente sabe lo que necesitamos sino que interviene en nuestra vida para nuestro bien por poco que le pidamos y sigamos su palabra en el amor y la confianza .

Desde entonces podemos hacer nuestra la palabra de san Pablo a los Colosenses, que abusaban de prácticas de falsas creencias: 2,8 y 20.

Si verdaderamente creemos en Cristo, verdadero Hijo de Dios, muerto en la cruz y resucitado por nosotros no hay determinismo astral, ni tampoco destinos in. Hacer eso es ir en busca de ídolos y negar la redención eterna

Que Cristo nos ofrece con su muerte y resurrección .

En la Biblia vemos también que existen buenos profetas y malos: falsos profetas. Uno de los signos que los diferencian es que los buenos llevan a Dios mientras que los malos llevan al hombre al consumo de sus pasiones, de sus propios deseos sean legítimos o no.

1 Jn 4,/ 1.6

Hoy, vemos el mundo lleno de estos falsos profetas. Nos hace falta solamente aprender a reconocerlos pero también a evitarlos nosotros mismos y a los demás a mantenerse alejados. Tengamos conciencia que si Dios nos ha creado libres y responsables por amor para ir a él y responder a su amor no es para hacernos esclavos de pasiones humanas y malos poderes .

Apelar a los espíritus

Mucha gente se siente mal en aceptar la muerte de sus familiares. Es una ruptura siempre dolorosa de vivir en el plano humano, y algunos intentan volver al contacto con ellos .. y mediante el intermediario de un medium piensan poder hablarles y perseverar en esta comunicación. Es una de las trampas del maligno. Generalmente no son los difuntos que se contactan sino espíritus malignos. Por supuesto son capaces de decir cosas que pensábamos privadas , secretas; pero es el mismo método para atraernos y alejar de la fe de Dios. Practicar eso es verdaderamente abrir la puerta al maligno . Actúa en nuestra sociedad porque no hemos comprendido que el Reino de Dios es UNO. Es una casa con muchas habitaciones. Una de estas habitaciones se podría llamarse tierra, otra, purgatorio, otra, paraíso .. ; y la unión entre ellas es la comunión de los santos .

El ser humano, antes de ser un cuerpo humano perecedero, es ante todo un alma creada en el amor y por el amor de Dios en la eternidad. La dificultad viene del hecho deque sólo miramos nuestra vida terrenal, olvidando que por nuestra alma somos eternos. Cuando el hombre muere y pierde su envoltura carnal, se encuentra ante Dios, no como delante de un tribunal humano, sino en la luz de la verdad y del amor. Ve todo

el amor que tiene por él y al mismo tiempo sus faltas al amor y se da cuenta que necesita ser purificado. Dios no necesita condenar, el amor lama al amor y el alma misma quiere su purificación, es esta etapa en el amor donde la Iglesia llama al purgatorio. Cuando el alma se purifica, se une al amor perfecto por la eternidad en el paraíso. La comunión de los santos es la corriente de amor que unen las almas entre ellas,, están en el paraíso, en el purgatorio o en la tierra.

Las almas de os difuntos, las del cielo, purgatorio no nos son extrañas, pues crecen sin cesar en el amor, dan gloria a Dios e interceden por las almas que lo necesitan, las de la tierra o purgatorio.

Si buscamos entrar en relación con los muertos no es por ellos, por su bien, sino porque nos faltan. Ahora bien, no es poseer al otro para sí, servirse de él, sino al contrario darse al otro para su felicidad. Y la felicidad real de un difunto es unirse a Dios en su plenitud. Por tanto, ninguna necesidad de contactar con él, basta orar por él, sabiendo que él también reza por nosotros.

Puede suceder que Dios permita a algunas almas contactar con los vivos para llevar a la fe, a la conversión y no por un simple consuelo

humano. Dios no tiene necesidad de médium para eso.

La Biblia no pon en guardia contra tales prácticas. Es un aviso lleno de sabiduría pues más allá de un mundo humano no puede dominar. No buscamos pues contactar con los difuntos, o llamar a los espíritus a través de las prácticas del espiritismo, éstos no serán nunca bienhechores, y corremos el riesgo de romper con Dios y con nuestra salvación eterna.

Sortilegios y mal de ojo

No nos engañemos, no hay magia blanca benéfica opuesta a una magia negra negativa, toda magia es peligrosa pues pone en acción fuerzas que nos superan.

Toda magia lleva en ella un germen de destrucción porque nos separa de la relación con Dios, su amor y su confianza.

Cuando leemos en la Biblia la vida de Jesús y de los apóstoles vemos hasta qué punto Jesús es dueño de los demonios. Dio también este poder a los apóstoles. Desde el inicio de la Iglesia asistimos a liberaciones de poseídos.

Es esta lucha contra el Mal. Pero esta lucha contra el mal tiene también otros aspectos como luchar contra las prácticas mágicas y toda forma de superstición.

El mago Bar: Hechos de los Apóstoles **13,6.12** l

Los exorcistas judíos. Ver **(Hechos de los Apóstoles 19,11.17)**

Pero lo que es importante retener aquí es la conversión de los testigos de estas escenas. El pueblo de Dios que abre los ojos comprende su error y se convirtió así podemos leerlo en Hechos de los Apóstoles 19,18-19.

Ojalá podamos también nosotros abrir los ojos y renunciar a toda mala práctica tan futil o insignificante como nos pueda parecer, pues al igual que una pequeña aguja puede explotar un globo inflado, así nuestra práctica si no renunciamos nos cortará la relación con Dios por entregarnos al mal.
Y quiero llegar ahora a hablar de los prodigios y milagros que el maligno es capaz de operar a los ojos de los hombres para apartarlos de su camino a Dios. No es porque alguien haga un

milagro de curación por ejemplo o anuncie una futuro que se revela que es justo seguirlo. Hay que aprender a discernir los espíritus.

Y uno de los criterios de este discernimiento es reconocer que Jesús es el único Hijo de Dios, el mismo Dios Toda persona que haciendo "grandes cosas" pero no afirmando esta divinidad de Cristo, no hay que seguirlo. Sigamos la sabiduría de Pablo que también nos dice:

(1 Cor 12, 2.3)

Pero existen muchos falsos profetas en este mundo que dicen estar unidos a Jesús pero por su vida no siguen los evangelios y mucho menos las reglas de la tradición de la Iglesia. Que estos profetas permanezcan lejos del discípulo de Cristo. No os acerquéis a ellos, no los escuchéis y sobre todo no seguidlos. Guardaos también vosotros de los mediums, hipnotizadores y videntes que bajo pretexto de ayudaros en vuestra vida terrestre os alejan de la única fuente de vida que es Dios. Igualmente, alejaos de toda persona que os prometa un futuro mejor o la felicidad, sobre si media dinero. Si hay una cosa que no se compra ni se vende, es la felicidad... Igual que el amor. El amor se da y se recibe pero en ningún caso se puede comprar ni vender.

Por las muerte y la resurrección de Jesús, Satanás ha sido vencido. Incluso si le queda algún poder en este mundo está limitadísimo en el tiempo. La fuerza del mal viene a menudo del miedo que tenemos de él. No debemos temer sus acechanzas o el mal de ojo y aluna otra cosa de este género. Jesús venció todo eso, nos basta volvernos a Jesús resueltamente para que nos libre .

Un engaño del maligno es hacernos creer que es tan fuerte como Dios pero es totalmente falso. Satanás es sólo un espíritu que no pude nada contra el poder de Dios y de Cristo. Sepámoslo.

Nuestra única solución es recurrir a Jesús. Los sacramentos: bautismo, confesión, eucaristía nos protegen contra eso .Mucha veces estas así llamadas suertes no son reales sino que la gente se lo creen y entonces en lugar de recurrir al Creador intentan resolverlas pasando por algún humano que a sus ojos tiene poderes espirituales o paranormales importantes. Entonces se dan cuenta de que el hombre no puede nada, sino que solo Dios lo puede todo. Y si interviene un hombre, lo hace en nombre de Dios.

Recurrir entonces a los sacramentos es revestirse de Cristo y vencer el mal en nosotros.

Ninguna maldición puede resistir al amor de Cristo.

Dios no nos llama a maldecir sino a bendecir. Nos llama al amor de todos incluso de los enemigos. El mal es extraño al amor. Dejarnos llevar por la cólera, el rencor, el odio y la maldición es abrir nuestras puertas. Amar y bendecir es como apagar un incendio. El amor llama al amor. Doquiera está Dios no hay lugar para los poderes del mal.

La bendición no es un acto mágico, porque nos compromete profundamente en el amor y lo concreto de nuestra vida.

Bendecir a alguien no es sólo decir a Dios: Señor bendice a esta persona. Es también tener el valor de decir: Te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Hace algunos años, en una comunidad, los hermanos y hermanas tenían la costumbre de bendecirse mutuamente con una pequeña cruz en la frente, diciendo: «Te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo

dando tiempo para pensar en lo que decían y hacían. Los nuevos encontraban eso raro al inicio, pero se daban cuenta en seguida de que es imposible bendecir a alguien de verdad si nuestro corazón no está en paz con esa persona.

Y muchas veces, esta bendición lleva al encuentro y a la reconciliación entre hermanos y hermanas.

Esta bendición la puede vivir cada uno en su ambiente: no es necesario una comunidad religiosa, ni siquiera estar presente físicamente. Cada tarde podemos pensar en seres queridos, en los que hemos encontrado en este día.

Hagamos que nuestro corazón sea un trono para Dios. Vivamos en el amor, la misericordia. Acojamos cada día en nosotros al Espíritu Santo de Dios para que nos colme de sus dones y podamos decir como san Pablo: producir buenos frutos.

Gálatas 5,22-25

Práctica religiosa y superstición

La fe no es sinónimo de superstición.

Se arraiga en Cristo y no en los “se dice” o proverbios y sentencias sin fundamento.
Así por ejemplo, fe no tiene nada que ver con tales cosas.
La superstición es creer que personas o cosas tienen poderes en nosotros o acontecimientos de nuestra vida siendo Dios el único que tiene este poder.
La superstición es un pecado que afecta directamente a nuestra relación con Dios, indica no sólo nuestra ignorancia del poder y del amor de Dios sino que traduce la debilidad de nuestra fe en él.
Igualmente, los sacramentos no son actos mágicos, sino una relación verdadera y viva con Dios.
Llevar una medalla, un escapulario no es llevar un amuleto que por su sola presencia te va a proteger de una desgracia. Es un testimonio que implica una realidad de vida con Dios.
De nada me sirve que me bendigan el coche o de poner la medalla de san Cristóbal para que libren de accidentes si conduzco con exceso o con alcohol. Dios nos ha creado responsables, y toda nuestra fe se debe vivir con responsabilidad.
Nuestra vida debe estar en relación con nuestra fe en Jesús.

La fe es algo que se cultiva y de desarrolla. Esto se hace mediante la oración, el estudio y la reflexión. Dios no nos da una inteligencia, una capacidad de reflexionar, un espíritu de análisis para que no nos sirvamos de ellos. Aprendamos pues a profundizar no sólo en la Biblia sino en la enseñanza transmitido por la Iglesia .

Mucha gente cuando se le pregunta por qué creen o no en tal o cual cosa es incapaz de decir verdaderamente por qué… ha aceptado simplemente las tesis de otras personas sin hacer el esfuerzo de una reflexión y por tanto de una adhesión personal. Esto es sencillamente lastimoso pues limitamos así nuestro camino espiritual, es decir nuestro descubrimiento de Dios y de su amor por nosotros mismos. ¿Cómo vivir plenamente con alguien que no conocemos o lo conocemos mal?

CONCLUSIÓN

Para luchar contra todo eso un solo remedio: vivir con el Espíritu Santo en la oración, la confianza y el amor. El Espíritu Santo es el que nos revela toda cosa y nos ayuda a comprender y asimilar la palabra de Dios ,

Es también el que nos ayuda a realizar plenamente nuestra identidad humana y sobre todo nuestra identidad de hijo amado del Padre. Entonces leamos la palabra de Dios y pidamos al Padre no solamente que nos libre del mal sino también de colmarnos de su Espíritu Santo. Así seremos capaces el bien en todo.